

*Charles Dickens*

# Estampas de Italia



Resultado de casi un año de viaje por Italia en 1844, las *Estampas de Italia* (1846) de Dickens no pretenden ser una amalgama de historia y notas topográficas, sino un vibrante fresco de los lugares visitados. Agudísimo observador, Dickens se siente atraído por la desolación de los pueblos y ciudades, la vida callejera llena de colores y olores, y los signos de un rico pasado.

Agudísimo observador, Dickens se siente atraído por la desolación de los pueblos y ciudades, la vida callejera llena de colores y olores, y los signos, visibles en todas partes a través de las ruinas y la degradación, de un rico pasado. Registra la simultaneidad de tiempos históricos: cómo un pilar romano se halla coronado por la imagen de un santo cristiano, o cómo obeliscos y columnas se emplean para construir graneros y establos. Dickens describe con una prosa no exenta de pinceladas humorísticas las ceremonias de Semana Santa en Roma, o las fiestas en honor de un santo local.

Crítico con todo lo que se le antoja falsa piedad y culto a las apariencias, no oculta sin embargo su fascinación por la expresividad y la bulliciosa vida italianas, pues «cada fragmento de sus templos caídos y cada piedra de sus palacios desiertos» hace al mundo mejor.

## NOTA AL TEXTO

*Estampas de Italia* se publicó en mayo de 1846. A finales de junio casi se había agotado la edición (6.000 ejemplares) y se preparó la segunda. En 1859 apareció la Library Edition, revisada por el autor (que, en realidad, sólo introdujo algunas correcciones); y en 1868, la Charles Dickens Edition. Esta traducción corresponde a la primera edición, con las correcciones posteriores.

## PASAPORTE DEL LECTOR

Si los lectores de este libro tienen a bien aceptar del propio autor las credenciales para visitar los diferentes lugares que constituyen el tema de sus recuerdos, quizá los vean con la imaginación de forma más agradable y con una idea más clara de lo que deben esperar.

Se han escrito muchos libros sobre Italia, que aportan múltiples medios de estudiar la historia de ese país tan interesante y las innumerables asociaciones con él relacionadas. Yo hago en este escasas alusiones a ese caudal informativo, ya que no considero en modo alguno consecuencia necesaria de haber tenido que recurrir a ese arsenal en beneficio propio el que haya de reproducir ante los ojos de mis lectores su contenido, fácilmente asequible.

Tampoco hallaréis en estas páginas análisis profundos sobre el gobierno o desgobierno de ninguna región del país. Todo el que visite esa hermosa tierra tendrá sin duda convicciones propias sobre el tema. Pues así como decidí yo cuando residía allí, como extranjero, abstenerme de analizar esas cuestiones con toda clase de italianos, así también preferiría no entrar en el tema ahora. En los doce meses que residí en una casa de Génova, nunca vi que las autoridades constitucionalmente celosas desconfiaran de mí; y lamentaría darles ahora motivo de arrepentirse de su generosa cortesía conmigo o con cualquiera de mis compatriotas.

Tal vez no haya en toda Italia una sola pintura o escultura que no pueda cubrirse sin problema con una montaña de papel impreso dedicado a estudios sobre ella. Así que no me extenderé en detalles sobre los cuadros y las estatuas célebres, pese a considerarme un sincero admirador de la pintura y la escultura.

Este libro es una serie de vagos reflejos —meras sombras en el agua— de los lugares que atraen en mayor o menor grado la imaginación de la mayoría, y en los que la mía se había detenido durante años, y que tienen cierto interés general. Escribí casi todas las descripciones que figuran en el libro allí mismo, de vez en cuando en cartas a Inglaterra. No lo menciono como excusa de los defectos que puedan contener, pues no lo sería; sino para garantizar al lector que fueron escritas al menos bajo los efectos de las más vivas impresiones de novedad y frescura.

Si algunas descripciones tienen un aire vago y fantasioso, quizá suponga el lector que se escribieron a la sombra un día soleado, entre los objetos de los que tratan, y no le agradarán menos por contener tales influencias del país.

Considero poco probable que los doctores de la Iglesia católica me malinterpreten a causa de algún comentario contenido en estas páginas. Ya puse todo mi empeño en una de mis obras anteriores para hacerles justicia; y confío en que ellos me hagan justicia a mí en este. Cuando menciono algún acto que me pareció absurdo o desagradable, no pretendo relacionarlo, ni afirmar que se relacione forzosamente, con los fundamentos de su fe. Cuando analizo las ceremonias de la Semana Santa, me limito a comentar su efecto, y no discuto en modo alguno la interpretación que del significado de las mismas nos da el sabio doctor Wiseman<sup>[1]</sup>. Cuando indico que no me gustan los conventos de monjas para las jóvenes que abjuran del mundo sin haberlo conocido ni probado, o dudo de la santidad *ex officio* de todos los sacerdotes y frailes, no hago más de lo que hacen muchos buenos católicos en Inglaterra y en el extranjero.

He comparado estas *Estampas* con sombras en el agua y espero no haber agitado el agua en ninguna ocasión tanto como para desfigurarlas. Nunca podría haber deseado contar con el favor de todos mis amigos más que ahora, que se alzan una vez más en mi camino las montañas lejanas. Pues tengo que confesar sin vacilación que, decidido a corregir un leve error que cometí no hace mucho al alterar las viejas relaciones con los lectores y apartarme un momento de mis viejos objetivos, estoy a punto de volver a ellos gozosamente en Suiza; donde podré desarrollar sin interrupción los temas que tengo in mente, durante otro año de ausencia. Y mientras conserve a mis lectores al alcance de la voz, ampliar mi conocimiento de un país tan noble, que me atrae indescriptiblemente.

Este libro se ha hecho lo más asequible posible, porque me complacería en grado sumo intercambiar impresiones gracias a él con algunas de las multitudes que visitarán en adelante los mismos lugares aquí descritos con interés y satisfacción.

Sólo me queda ya, en cuanto al pasaporte, esbozar el retrato de mi lector, que espero pueda trazarse hipotéticamente para ambos sexos:

Tez	Clara
Ojos	Muy alegres
Nariz	Nada arrogante
Boca	Risueña
Aspecto	Radiante
Expresión general	Sumamente agradable

Escrito en 1846

## PASO POR FRANCIA

Una espléndida mañana de domingo, en pleno verano de 1844, mi buen amigo, no te alarmes, no fue cuando podrían haber observado a dos viajeros que se abrían paso lentamente por ese territorio pintoresco y quebrado en que suele iniciarse el primer capítulo de una novela medieval, sino cuando un soldado francés muy bajo vio salir (pues yo lo vi mirarlo) de la verja del hotel Meurice en la rue Rivoli de París un flamante carruaje inglés de considerable tamaño, procedente de los sombreados locales del Pantechnicon en la plaza Belgrave de Londres.

No me siento inclinado a explicar por qué la familia que viajaba dentro y fuera de ese coche partía rumbo a Italia precisamente un domingo por la mañana, más de lo que lo estoy a dar una razón de que todos los hombrecillos de Francia sean soldados, y todos los hombretones sean postillones, que es la norma invariable. Pero alguna razón tenía para hacerlo, de eso estoy seguro; y su razón para estar allí era, como sabéis, que iban a vivir un año en la hermosa ciudad de Génova; y que el cabeza de familia se proponía visitar durante ese tiempo todos los lugares adonde su infatigable ánimo lo llevara.

Y me hubiera proporcionado escaso consuelo explicar a la población de París en general que el cabeza de familia era yo, y no la radiante encarnación de buen humor que se sentaba a mi lado en la persona de un correo francés, ¡el mejor servidor y el hombre más cordial del mundo! A decir

verdad, él tenía un porte mucho más patriarcal que yo, que, a la sombra de su figura corpulenta, quedaba reducido a la mera insignificancia.

Desde luego había muy poco en el aspecto de París — mientras pasamos traqueteando por la lúgubre morgue y el Pont Neuf— que nos reprochara viajar en domingo. Las bodegas (una casa sí y otra no) hacían el agosto; abrían las marquesinas, colocaban mesas y sillas en la calle junto a los cafés para los clientes que acudirían a tomar helados y refrescos más tarde (cuando avanzara el día); los limpiabotas se afanaban en los puentes; las tiendas estaban abiertas; carros y carretas iban y venían estrepitosamente; las calles de la otra orilla del río, empinadas y estrechas como embudos, eran un hormiguero bullicioso; se veían gorros de dormir multicolores, pipas de tabaco, blusas, botas altas y cabezas desgredñadas; nada indicaba en ellas a esa hora que fuera un día de descanso, a no ser la presencia aquí y allá de un grupo familiar apretujado en un viejo cabriolé voluminoso y pesado; o la de algún que otro veraneante pensativo, ataviado con la bata más cómoda y holgada, asomado al ventanuco de una buhardilla, que contemplaba con serena expectación sus zapatos recién embetunados secándose en el pretil exterior (si era una caballero) o sus medias oreándose al sol (si era una dama).

En cuanto dejamos atrás el inolvidable e infame pavimento que rodea París, los tres primeros días de viaje hacia Marsella son bastante tranquilos y monótonos. Hasta Sens. Hasta Avallon. Hasta Chalons. La descripción de los sucesos de una jornada es la descripción de las tres; hela aquí:

Tenemos cuatro caballos y un postillón, que lleva un látigo larguísimo y que guía su tiro al estilo del correo de San Petersburgo en el circo de Astley o de Franconi; sólo que él va sentado en el caballo y no de pie sobre el mismo. Las enormes botas altas que calzan estos cocheros a veces tienen uno o dos siglos, y son tan grotescamente desproporcionadas a los pies del usuario que la espuela, que se colo-



ca donde va el talón, suele ponerse a mitad de la caña. El hombre sale a menudo de los establos empuñando el látigo y con los zapatos puestos, y saca con ambas manos una bota y luego la otra, dejándolas en el suelo junto al caballo con suma seriedad hasta que todo está dispuesto. Y entonces —¡santo cielo, qué jaleo arman!— se pone las botas con zapatos y todo, o bien lo izan en ellas dos amigos. Ajusta luego los arreos, que han repujado innumerables palomas en los establos; hace cocear y corcovear a todos los caballos; restalla el látigo como un loco; grita: «¡En marcha!». Y allá vamos. Seguramente tendrá una pelea con su caballo antes de que lleguemos muy lejos. Y entonces lo llama ladrón, bandido, cerdo y demás; y le golpea la cabeza como si fuera de madera.

El paisaje apenas varía los dos primeros días. Sólo pasa de una llanura monótona a una avenida interminable, y de una avenida interminable a una llanura monótona de nuevo. Abundan las vides en el campo abierto, pero de una variedad pequeña y baja, sin guías en corona, sino con estacas rectas. Y se ven mendigos por doquier, muchísimos. Y poquísima gente; y muy pocos niños, nunca he visto tan pocos. Creo que no vimos ni cien entre París y Chalons. Extrañas ciudades antiguas, con puentes levadizos y murallas con torretas en las esquinas que parecían rostros grotescos, como si la muralla se hubiera puesto una máscara y mirara al foso; y otras torrecillas extrañas en huertos y campos, caminos y corrales: todas aisladas y siempre redondas, con tejado a dos aguas, y jamás destinadas a propósito alguno en absoluto; edificios ruinosos de todo género; a veces, un *hôtel de ville*; otras, un cuartel o una casa particular; a veces un castillo con un jardín exuberante, lleno de diente de león, y vigilado por torretas coronadas por apagavelas y ventanas parpadeantes; los mismos objetos repetidos una y otra vez. A veces pasamos junto a la posada de un pueblo, con su muro ruinoso y una verdadera ciudad de dependencias, y pintado sobre la entrada «Cuadras para siete caba-

llos», cuando en realidad habría espacio para mil doscientos si hubiese caballos que guardar allí, o alguien que descansara allí, o algo que se moviera en el lugar, aparte del ramo de parra indicativo de que en el interior había vino: y que se agita ociosamente al viento en lánguida armonía con todo lo demás y desde luego nunca en una vejez lozana sino siempre tan viejo como para caerse a pedazos. Y durante todo el día pasan cascabeleando extraños carros estrechos en reatas de seis o siete, que transportan queso de Suiza, muchas veces al cuidado de un hombre todo el trayecto —o de un muchacho, incluso— que suele ir dormido en el primer carro: los caballos hacen sonar soñolientos las campanillas de sus arneses con aire de pensar (sin duda lo hacen) que su inmenso equipamiento de lana azul y peso y grosor inmensos, con los grotescos cuernos sobresaliendo de la collera, abriga demasiado para el tiempo estival.

La diligencia pasa dos o tres veces al día: los viajeros que van fuera, cubiertos de polvo y con blusones azules como los carniceros; y los de dentro, con gorros de dormir blancos; y la parte delantera de la baca, la berlina, que se bambolea y se agita como la cabeza de un idiota; y sus pasajeros de la «joven Francia», mirando por la ventanilla, con barba hasta la cintura y gafas azules que les oscurecen atrozmente los ojos belicosos, y bastones enormes que agarran con sus puños nacionales. Y también el coche correo o *malle poste*, que sólo lleva dos pasajeros y que pasa como una exhalación, a una velocidad realmente temeraria, algo visto y no visto. Pasan de vez en cuando fieles *curés* ancianos en coches tan desvencijados, polvorientos, herrumbrosos y traqueteantes que ningún inglés lo creería; mujeres esqueléticas vagan por lugares solitarios sujetando con cuerdas a las vacas mientras pastan, o bien cavando, sachando o realizando otras labores más trabajosas, o desempeñando la tarea de auténticas pastoras con sus rebaños; para hacerse una correcta idea del trabajo y de quienes lo desempeñan, en cualquier país, basta tomar cual-

quier pintura o poema pastoril e imaginarse exactamente lo contrario a las descripciones de una u otro.

Sigues viajando bastante estúpidamente, como sueles hacer casi siempre en la última etapa del día; y las noventa y seis campanillas de los caballos —treinta y cuatro cada uno— llevan sonando en tono soñoliento en tus oídos una media hora o así; y se ha convertido en un trote agotador, monótono y rutinario; y te has dedicado a pensar profundamente en lo que cenarás en la posada siguiente; cuando al final de la larga avenida de árboles por la que viajas, aparece el primer indicio de una población en forma de casitas dispersas: y el coche empieza a traquetear por un pavimento atrozmente irregular. Como si el equipaje fuera un enorme artefacto pirotécnico y la simple visión de la chimenea humeante de una casita lo hubiera encendido, empieza a crujir y a crepitar como el mismísimo infierno. Crac, crac, crac, crac. Crac-crac-crac. Cric-crac. ¡Arre! ¡So! *Vite! Voleur!* ¡Bandido! ¡Hi hi hi! ¡En marrrrrcha! Látigo, ruedas, conductor, piedras, mendigos, niños, crac, crac, crac; ¡hala!, ¡hola! *Charité pour l'amour de Dieu!* Cric-crac-cric-crac; cric, cric, cric; bum, paf, crac, bum, cric-crac; dobla la esquina, calleja arriba, baja la loma empedrada del otro lado; en la cuneta; bum, bum; tras, tris, tras, cric, cric, cric; crac, crac; hacia los escaparates de la izquierda de la calle, antes de tomar con un amplio giro la entrada de madera a la derecha; bum, bum, bum; cric, cric, cric; y ya estamos en el patio del Hôtel de l'Écu d'Or; agotados, destrozados, acabados, exhaustos; ¡pero emitiendo a veces un crujido de improviso, sin consecuencias, como un fuego artificial hasta el último instante!

Aparece la dueña del Hôtel de l'Écu d'Or. Y aparece el dueño del Hôtel de l'Écu d'Or. Y aparece un caballero con un gorro brillante y barba rojiza como un amigo íntimo, que se aloja en el Hôtel de l'Écu d'Or; y el señor cura pasea solo de un lado a otro en un rincón del patio, con sombrero de teja, la capa negra echada por los hombros, un libro en una mano y un paraguas en la otra; y todos, excepto el se-

ñor cura, se quedan boquiabiertos y asombrados cuando se abre la puerta del coche. Hasta tal punto adora al correo el dueño del Hôtel de l'Écu d'Or que no puede esperar que baje del pescante, y le abraza las larguísimas piernas y los tacones de las botas mientras desciende.

—¡Mi correo! ¡Mi valiente correo! ¡Amigo mío! ¡Hermano!

La dueña del hotel lo ama, la doncella le bendice, el mozo lo adora. El correo pregunta si han recibido la carta. Sí, sí, la han recibido. ¿Están preparadas las habitaciones? Sí, sí, lo están. Las mejores habitaciones para mi noble correo. Las habitaciones de lujo para mi valiente correo: ¡toda la casa está al servicio de mi mejor amigo! Él mantiene la mano sobre la puerta del coche y hace algunas otras preguntas para aumentar la expectación. Lleva una bolsa de cuero crudo colgada al cinto por encima de la chaqueta. Los ociosos la miran; uno la toca. Está llena de monedas de cinco francos. Se oyen murmullos de admiración entre los chicos. El dueño del hotel cae sobre el cuello del cochero y lo abraza, estrechándolo sobre su pecho. ¡Está bastante más gordo!, le dice. ¡Está tan sonrosado y tiene tan buen aspecto!

Se abre la puerta. ¡Muda expectación! Sale la señora de la familia. ¡Qué encantadora! ¡Qué dama tan bella! Sale la hermana de la señora de la familia. ¡Santo cielo, la señorita es encantadora! Sale el primer niño pequeño. ¡Ay, qué niño tan guapo! Sale la primera niña pequeña. ¡Caramba, qué preciosidad! Sale la segunda niña pequeña. La dueña del hotel cede al impulso más delicado de nuestra común naturaleza y la toma en brazos. Sale el segundo niño pequeño. ¡Qué niño tan tierno! ¡Ay, qué criaturillas tan tiernas! Sacan al bebé. ¡Angelical bebé! El bebé se lleva la palma. ¡Todo el arrobamiento es para el bebé! Bajan entonces tambaleándose las dos niñeras. Y el entusiasmo aumenta y se convierte en desvarío y arrastran a toda la familia escaleras arriba como en una nube; mientras tanto, los ociosos ro-

dean el coche y miran el interior y dan la vuelta y lo tocan. Pues tiene su cosa tocar un coche que ha transportado a tanta gente. Es un legado que dejar a tus hijos.

Las habitaciones están en la primera planta, todas menos el cuarto de los niños, que es un aposento laberíntico inmenso, con cuatro o cinco camas, al que se accede cruzando un pasillo oscuro, subiendo dos peldaños, bajando cuatro, pasando una bomba, cruzando una galería y la puerta contigua al establo. Los otros dormitorios son amplios y de techos altos; en cada uno hay dos camas pequeñas con colgaduras de color rojo y blanco, como las cortinas de las ventanas. La sala de estar es espléndida. Ya está puesta la mesa para tres en ella; con las servilletas dobladas como sombreros de tres picos. Los suelos son de baldosas rojas. No hay alfombras, ni muebles dignos de mención; pero sí espejos, en abundancia, y grandes jarrones bajo las pantallas de cristal, llenos de flores artificiales; y muchos relojes. Todo el grupo se pone en movimiento. Y sobre todo el valiente correo, que está en todas partes: mira debajo de las camas, se echa al colete el vino que le ha servido su hermano el dueño del hotel, escoge pepinillos — siempre pepinillos; sabe Dios dónde los conseguirá—, uno en cada mano, como cachiporras.

Anuncian la cena. Hay sopa poco espesa; bollos de pan muy grandes, uno para cada uno; pescado; después cuatro platos; luego, un poco de volatería; y a continuación, un postre; y el vino no falta. Las raciones no son muy abundantes, pero la comida es muy buena, y la preparan y la sirven con premura. Cuando ya casi ha oscurecido, el valiente correo, que se ha tomado ya los dos pepinillos partidos en rodajas con aceite y vinagre abundantes, sale de su retiro de abajo y propone una visita a la catedral, cuya torre imponente contempla ceñuda el patio de la posada. Allá vamos; y es grandiosa y solemne, a la débil luz: tan débil, al final, que el anciano y afable sacristán de cara alargada se ilumina con la luz tenue de un cabo de vela que lleva en la ma-

no para pasar a tientes entre las tumbas; y parece un ánima en pena buscando la suya entre las columnas oscuras.

Los criados de la posada están cenando al aire libre debajo de la galería cuando regresamos, en una mesa enorme. Toman estofado de carne y hortalizas, que humea caliente en la misma olla en que lo han guisado. Tienen también una jarra de vino aguado y parecen muy contentos; más contentos que el caballero de barba rojiza, que juega al billar en la habitación iluminada de la izquierda del patio, donde las sombras, con tacos en la mano y cigarros en los labios cruzan y vuelven a cruzar la ventana continuamente. El delgado *curé* sigue paseando solo de un lado a otro, con el libro y el paraguas. Y sigue haciéndolo, y siguen repique-teando las bolas de billar mucho después de que nosotros estemos profundamente dormidos.

Nos levantamos a las seis de la mañana. Hace un día espléndido, que avergonzaría al coche cubierto de barro de ayer, si algo pudiera avergonzar a un coche en una tierra donde nunca se ve uno limpio. Todos se apresuran; y cuando acabamos el desayuno, llegan al patio los caballos con su cascabeleo de la posta. Todo lo que se había sacado del carruaje vuelve a colocarse en su sitio. El valiente correo anuncia que todo está listo, tras haber entrado en todas las habitaciones y haberlas registrado para asegurarse de que no nos dejamos nada. Subimos al coche. Todas las personas relacionadas con el Hôtel de l'Écu d'Or están encantadas de nuevo. El valiente correo entra corriendo en la casa a buscar un paquete que contiene fiambre de ave, lonchas de jamón, pan y galletas para el almuerzo. Lo deja en el coche y vuelve corriendo a la casa.

¿Qué trae ahora en la mano? ¿Más pepinillos? No. Una tira larga de papel. Es la cuenta.

El valiente correo lleva puestos dos cintos esta mañana: uno que sujeta la bolsa; y el otro, una especie de botella de cuero, llena hasta el borde del mejor burdeos de la casa.

Nunca paga la cuenta hasta que le llenan esa botella. Entonces la discute.

La discute ahora enérgicamente. Sigue siendo hermano del dueño del hotel, pero ahora de padre o de madre diferente. Ya no está tan íntimamente emparentado con él como anoche. El dueño se rasca la cabeza. El valiente correo señala determinadas cifras de la factura e insinúa que si siguen en la misma, el Hôtel de l'Écu d'Or será en adelante y para siempre un Hôtel de l'Écu de Cuivre. El dueño pasa a una pequeña contaduría. El valiente correo le sigue, le obliga a coger la factura y una pluma y le habla más deprisa que nunca. El dueño sujeta la pluma. El correo sonrío. El dueño introduce un cambio. El correo hace una broma. El dueño se muestra afectuoso, pero no débil. Aguanta como un hombre. Estrecha la mano a su valeroso hermano; pero no le abraza. Aun así, estima a su hermano; porque sabe que volverá por aquí uno de estos días espléndidos, con otra familia, y prevé que le añorará de nuevo. El valiente correo examina todo el carruaje otra vez, mira el tiro, inspecciona las ruedas, sube de un salto, da la señal ¡y allá vamos!

Es día de mercado. Se celebra en la plazuela que queda frente a la catedral. Está llena de hombres y mujeres vestidos de azul, rojo, verde y blanco. Con tenderetes plegables y mercancías revoloteantes. Los campesinos se agrupan junto a sus cestos limpios: aquí los vendedores de encajes; allí, los de manteca y huevos. A ese lado, los fruteros; allá los zapateros. El lugar parece el escenario de un gran teatro, y acaba de alzarse el telón de un ballet pintoresco. Y ahí está la catedral, además, como un decorado: sombría, oscura, fría y desmoronándose; salpicando el pavimento en un lugar con tenues gotas púrpura cuando el sol matinal que entra por una ventana pequeña del lado oriental atraviesa los paños de una vidriera hacia el oeste.

A los cinco minutos pasamos la cruz de hierro de las afueras del pueblo, que tiene delante un reclinatorio de